

Bilbao visto por dos extranjeros

(1 8 2 2 - 1 8 3 6)

En un sugestivo artículo, intitulado *Los Caños de Bilbao en 1846* (1), Miguel de Unamuno ha dicho, que «vale la pena de que alguno de los eruditos estudiosos de estudios vascos, y más si es bilbaíno», inquiera algo respecto al impresor Depont, de cuyas prensas salió, en la citada fecha, cierta «Guía de Bilbao y conductor del viajero en Vizcaya», en la que aparecen unas líneas «candorosamente románticas» acerca del celebrado paseo de nuestra niñez.

Sobre éste y otros detalles del Bilbao de nuestros abuelos, bien poco sabemos; porque, al revés de lo que ocurre en otros pueblos, los estudios de erudición no están de moda entre nosotros. A falta de Memorias, género de literatura casi desconocido en Vizcaya (2), sólo recogiendo pacientemente los datos dispersos en archivos (3), guías, y relatos de viajeros, y en alguna que otra correspondencia particular (4), podría reconstituirse el modo de vivir de los *chimbo*s de tiempos pretéritos.

En esta labor sería de desear colaboraran los escritores y lectores de esta Revista. Procuraré, por mi parte, abrirlas el camino, dando a conocer algunas noticias sacadas de varias fuentes, pero principalmente de dos opúsculos de la primera mitad del siglo XIX.

Ambos son raros, y ninguno de ellos lo encuentro citado, ni en

(1) *Biblioteca de Hermes. Volumen segundo.*—Miguel de Unamuno. *Sensaciones de Bilbao, Publicaciones de Editorial Vasca. Bilbao, 1922.*

(2) Existen, sin embargo, algunas, de diversas épocas, que debieran publicarse. Las más interesantes son, quizás, las que pertenecen a D. Luis de Lezama Leguizamón y las que escribió D. Pedro Valentín de Mugarregui y de la Hormaza, con el título de *Memorias de todas mis caminatas. andanzas y boberías y de algunos paisajes memorables acaecidos en la gran Villa de Marquina desde el año de 1732.*

(3) Los del de Bilbao los ha utilizado ya D. Teófilo Guiard.

(4) En un epistolario de la época se basa el libro de J. C. de Gortazar, *Bilbao a mediados del siglo xx.*

las bibliografías vascas de Allende Salazar, Vinson y Sorarrain, ni en las de viajes y viajeros de Foulché-Delbosc y Farinelli.

El primero se intitula: *Remarks on the North of Spain by John Bramsen, author of travels in Egypt, Syria and Greece; and of Sapho, &c. &c., Summa sequar fastigia rerum. Virgil. London: Printed for G. and W. B. Whittaker, Ave-Maria Lane— 1823.* Está dedicado al Conde de Fife, cuyo interés por el bienestar de España quedó bien probado, a juicio del autor, durante su permanencia de varios años en ella, en la que contribuyó a su final emancipación del «despotismo extranjero».

De Bramsen sólo sé lo que él cuenta de sí mismo, en su librito. Ignoro en qué país había nacido: pero, en todo caso, su lengua nativa no era la inglesa. (1).

El segundo opúsculo, cuyo conocimiento debo a la amabilidad de D. Juan Allende Salazar, hijo y continuador del malogrado bibliógrafo D. Angel, se intitula: *A Luminous guide for the British Cooperative forces in Spain on the principal subjects connected with particular information relative to the Basque Provinces. This book contains the part relative to Biscay.— Dedicated by permission to the same By Sotero de Goicoechea. Lt. and a Lieutenant in the National Guard.... Printed for account of the editor by M.^e Lamaignere-Bayonne 1836.*

Pocos datos tengo sobre este Sotero de Goicoechea y sobre su colaborador el «lieutenant in the National Guard», acerca de los cuales quizás puedan darnos más noticias algunos de nuestros eruditos lectores. Goicoechea publicó durante la primera guerra civil un periódico intitulado *El Compilador de Vizcaya*, y fué autor de otros opúsculos sobre los sitios de Bilbao. (2) En todo caso, podemos suponer, sin pecar de injustos, que nuestros autores eran un tanto presuntuosos, puesto que declaran con gran naturalidad, en la portada de su librito, que: «Esta Guía, es incalculablemente superior a cualquier cosa del mismo género, siendo principalmente el resultado de observación personal» (3).

Tratándose de una Guía para las fuerzas británicas que vinieron a luchar por D.^a Isabel II, es, hasta cierto punto, natural su carácter francamente anglófilo, y furiosamente anticarlista.

(1) «..... that English is not my native language.»

(2) Véanse *La Memoria acerca del estado del Instituto bilbaíno* por D. José Julio de Lafuente (1871, pág. 61) y la *Biblioteca del Bascófilo*.

(3) «This Guide is incalculably superior to any thing of the kind, being principally the result of personal observation.»

«Todo español—dice—que posea sentimientos de honradez y noble gratitud, debe estar plenamente convencido de la magnánima resolución tomada por los galantes individuos de las fuerzas cooperatoras británicas, de apresurarse a acudir a la escena de la contienda civil, para defender la sagrada causa de la libertad tan íntimamente ligada con el trono de la joven reina de España Isabel II».

El campo contrario lo formaba «una colección de miserables, bajos, corrompidos e ignominiosos enemigos de la humanidad doliente».

«Sacerdotes y frailes sin sentimientos morales, de hábitos libertinos, se habían asociado a estos planes de iniquidad».

Por fortuna, nos enteramos de que el aldeano vizcaíno era, poco tiempo antes, generoso, hospitalario y honrado; pero, a juicio de Goicoechea y del «lieutenant», los curas y los frailes lo volvieron cruel, traidor, asesino y ladrón!

Pero dejemos a estos «monstruos que devastaron y deshonraron a cuatro de las provincias más felices de España,» y prosigamos nuestro camino.



Bramsen salió a principios de septiembre de 1822 del Hotel S^t. Etienne, de Bayona, y visitó San Juan de Luz e Irún.

Sus primeras impresiones son poco halagueñas.

La mujer de M. le Commissaire le manifiesta su sorpresa de que un ser humano se atreva a cruzar el Bidasoa, o, como ella dice, a acercarse a la boca del dragón, y le advierte que, si consigue librarse de la fiebre amarilla, tendrá que pasar, a la vuelta, cinco días en el Lazareto de Behobia; se ve precisado a atravesar el Bidasoa en lancha, pues los españoles destruyeron el puente al principio de la última guerra; el hotel de Irún tenía la cuadra en el lugar que en Inglaterra suele consagrarse a la sala, y los efluvios de aquélla, subían al comedor, produciendo una impresión poco agradable «to the olfactory nerves of the visitors»....

Prosigue nuestro autor su viaje, en diligencia, por Tolosa, Villafranca y Durango, en donde tropieza con algunos facciosos. Según advierte, se llama facciosos, en España, a los que no son del partido constitucional.

Hace una descripción de los caminos de Guipúzcoa, que no es-

taban precisamente en el estado de las actuales carreteras; y, en cuanto a las casa;, dice que muchas de ellas en vez de ventanas, tienen ahujeros. «El paisaje era salvaje y pintoresco: una profunda melancolía parecía pesar sobre todo el país». Por fin, nuestro viajero llega a Bilbao, después de conseguir que los facciosos le dejen proseguir su camino, mediante la entrega de un napoleón.

* *
*

Vizcaya, en aquella época, tenía ciento veinte mil almas y nuestra villa quince mil, según afirma *A luminous guide*. No se discutía entonces, como ahora, si el nuevo hotel había de llamarse *Hotel Carlton* u *Hotel Bilbao*. Los *chimbos* de la época se contentaban con la *Posada de San Nicholas*, en la que se hospedó Bramsen, en la calle de «Ascano» (Ascao); con la de *Marianton*, que tenía buenas cuadras, en la calle de Sombrerería; y con la de *Marimana*, en la del Víctor.

Estas dos últimas eran «very respectable houses», con buena cocina y habitaciones limpias y confortables. La pensión costaba de 4 a 6 pesetas, incluyendo el vino; pero había otros alojamientos «not so very splendid» (textual), como la *Posada del Laurel*, en la *Calle del Perro* y la *Posada de Santa Ana*, en la de Carnicería vieja, en las que sólo se pagaban de 25 a 30 pesetas semanales.

Los cuatro principales cafés eran: el del Suizo, en la calle del Correo; el del *Comercio*, en la misma calle; el *Café de la Bolsa*, en la calle del Arenal, y el *Café Español*, en la calle Nueva.

Una comida compuesta de sopa, carne cocida, beefsteaks, pescado, vino y postre costaba de dos y media a tres y media pesetas; un *breakfast* de café o te con huevos una y media a dos pesetas; una copa de licor, excepto el Marrasquimo, que era más caro, veinticinco céntimos; un *punch con* ron o coñac y limonada, media peseta; una *Sangría caliente de Jeréz* tres cuartos de peseta, etc., etc. La mejor pastelería era la de Juan de Uriarte.

Entre los pescados, sobresalla ya entonces «the delicate *Merluza* justly called the «Seameat» being a sort of fish that admitting all manners of cooking, one never gets tired of». Nada se dice, en cambio, de las hoy clásicas angulas.

Bilbao, que en 1836 tenía mil casas, algunas de cinco pisos; 29 calles; 4 plazas; 3 suburbios; 4 parroquias y un teatro, era una de

las ciudades más limpias de España y aun de Europa; regando sus calles el río, por medio de tubos o canales. No se permitía a los coches entrar en la población, de modo que el pavimento estaba siempre en buen estado.

El matadero y el mercado de carnes, de estilo toscano, lo constituían dos edificios notables, con una hermosa fuente en el centro del patio, todo ello de una limpieza tal, que no se sentía el menor olor.

«El paseo público, llamado *L'Arenal* —escribe, por su lado, Bramsen— está en frente de la *Calle de Stufa*, a lo largo del río; es el más hermoso, y muy frecuentado por el *beau monde*. Hay en él muchos bancos de piedra, y, en el centro, un jardín de flores. Este paseo es el «rendezvous» o «Exchanges para los comerciantes, que se reúnen entre las doce y las dos, para hacer sus transacciones comerciales; y generalmente concluyen sus negociaciones en los dos cafés, en la *Calle de Correo*, que tienen dos. hermanos, naturales de Suiza. El primer café, a la entrada de la calle, se considera el más «respectable». Por la tarde, de dos a cuatro, *L'Arenal* es el rendezvous de los políticos, que se reúnen para discutir o fabricar noticias, en apoyo de los intereses del partido a que respectivamente pertenecen.

«Este lugar es también un paseo para la milicia, que se reúne a diario. Aquí, en los días de Fiestas Constitucionales, la tropa se reúne para disparar el *feu de joie*; y aquí, al anochecer, los elegantes de ambos sexos se pavonean; y muchachos pequeños, con fósforos encendidos, corren de arriba abajo del paseo, gritando *Fuego, fuego!*, para que los fumadores enciendan sus cigarros por el modesto precio de medio penique. Muchos de los más famosos fumadores y frecuentadores de este paseo son muy conocidos de estos muchachos, y pagan mediante una suscripción de un penique por semana; pero rara vez o nunca fuman cuando están con señoras.

«Tan pronto como oscurece, la clase más respetable de señoras abandona el lugar, que sólo frecuentan (ya) mujerzuelas (*females*), que tienen otras intenciones que la de respirar aire fresco».

«Hay otro paseo llamado *El Campo Volantil* (sic), que está situado a una pequeña distancia de la ciudad, a lo largo del río, arriba de *Ola Viage* (sic). Este paseo lo frecuentan también mucho los habitantes, quienes, al volver, terminan el día con unas pocas vueltas en el *Arenal*. Fuera de las puertas de la ciudad, a lo largo del *Campo Volantil*, (sic), hay varios cafés, agradablemente situados cerca de las orillas del río, y muchísimas *Tabernas*; en muchas de las cuales, Baco y Venus tienen su templo unido».

Es de advertir que, por entonces, los cuarteles estaban junto a la entrada del Campo de Volantín. Bramsen se muestra extrañado de que varios soldados comieran del mismo plato (en realidad parece que comían incluso con la misma cuchara): pero de esa costumbre ya dije, en otra ocasión, que era general en otros países.

En un pueblo como Bilbao, en el que la equitación no ha solido estar muy de moda, es curioso anotar que, en el lado opuesto a los cuarteles, había *a riding place*, en el que un italiano domaba varios caballos, que pertenecían a los habitantes. Bien es verdad, que si unos afirmaban que el tal italiano era un antiguo oficial de caballería, otros declaraban que no había sido más que cocinero.

En la Plaza de la Constitución se reunían, los domingos por la tarde, individuos de ambos sexos, de clase modesta, y ejecutaban los bailes nacionales (*national dances*) que el mismo autor describe de la siguiente manera: «El baile comienza generalmente así: dos señores, uno de los cuales me señalaron como gran devoto de Terpsícore, paseaban delante de la señora a la que pensaban invitar, y el último bailaba varios minutos, recibiendo los aplausos de los numerosos espectadores; inclinábanse aquéllos ante la dama, la cual respondía con una cortesía, y daba su mano al caballero que no había bailado, y continuaban de esta manera hasta que habían formado una fila de diez parejas».

Claramente se ve que la *national dance*, de que aquí se trata, es el *aurreku*. «Era cómico —añade Bramsen— observar con que gravedad bailaba este caballero. Era de pequeña estatura, sus pasos no muy regulares y aparentemente de su propia composición. Generalmente bailan hasta el oscurecer; nunca observé desorden alguno, excepto un día en que varios marineros ingleses y suecos, muy intoxicados, llegaron saltando en medio de sus bailes, y se condujeron de una manera muy desordenada con algunas damas, pacíficas expectadoras».

Bramsen, que deseaba estudiar de cerca las costumbres bilbaínas, intentó entrar en sociedad; pero, debido al carácter turbulento de la época y al reparo de nuestros antepasados a mezclarse con extranjeros, tuvo en esto poco éxito.

Consiguió, sin embargo, entrar en las tertulias de Madame F. de Mazarredo, que eran, sin duda, de las más elegantes de la época. «Esta señora había residido algún tiempo en París, y recibido una educación superior; era una música excelente, hablaba bien el francés, y se mostraba muy atenta a los extranjeros. Madame de Mazarredo

vestía según la moda francesa, y no seguía la costumbre general, excepto para ir a misa, en cuya ocasión se veía obligada a adoptar el traje del país».

La señora de Mazarredo tenía *Tertulias* todos los días; pero *the most select*, eran las de los domingos. Comenzaban a las diez de la noche. Los invitados, después de saludar al ama de la casa, se sentaban en círculo y, al poco tiempo, se bailaban cotillones franceses y algunas danzas nacionales, después de lo cual se jugaba a prenda. El juego más de moda, en aquel tiempo, era el de *El Rey pasa por-aquí*.

Las *toilettes* eran de moda francesa, y las tertulias poco costosas; pues no se servía, en ellas, ni un vaso de agua. «Un extranjero no debía sorprenderse, al hablar con una señora, si descubría por su aliento que los olores del ajo prevalecían sobre los de Arabia». En cambio, el autor parece sorprenderse de que rara vez se encontraba a un caballero intoxicado.

La presencia en Bilbao, de oficiales franceses, que se habían visto obligados a emigrar de su país, a causa de sus opiniones políticas, y de muchos oficiales españoles del ejército constitucional, contribuía a animar la vida social de la villa. Bramsen nos describe una comida en casa de D. Francisco de Mazarredo, y nos habla del *Xefe Politico*, que aun cuando conocía el francés, no quería hablarlo por su antipatía al Gobierno de Francia; del Barón de Die-r, *a Hanoverian*, que había sido, durante la Última guerra, uno de los principales comisarios en el servicio británico; del Consul inglés, Mr. Charles Dawson, y de Mr. W. Klee, Cónsul de las ciudades hanseáticas.

El juicio que nuestros gobiernos merecían a estos señores no era superior al que ahora tenemos de los actuales; pues Bramsen refiere, que Federico el Grande, hablando con su Ministro de la Guerra, le preguntó cuál era el país de Europa más difícil de arruinar; y que el monarca, viendo al ministro ruborizado para dar una respuesta, contestó por él: «es España: porque su Gobierno ha tratado de arruinarla durante muchos años, sin conseguirlo».

Por lo demás, en ambos libritos hay noticias relativas a los pueblos de Vizcaya, de las que no me hago eco, pues en este artículo sólo me he propuesto hablar de Bilbao.

A Luminous Guide termina con un vocabulario inglés, español, vasco, en el que se encuentra la siguiente curiosa advertencia en inglés: «Siendo Marquina el único lugar de Vizcaya en que se habla el vascuence más puro, he tomado de ese lugar mi vocabulario».

Si la preeminencia del vascuence de Sara se ha debido, como se ha hecho notar en un trabajo reciente, más que a sus condiciones intrínsecas, al hecho de haber sido párroco de aquella villa el autor del *Gvero*, es probable no sean ajenos a este juicio, los trabajos de los Moguel. (1).

JULIO de URQUIJO.

(1) Humboldt escribe ya, sin embargo, en 1801, «A Marquina se considera el pueblo donde quizás se hable vascuence más puro».